

CAPITULO LXXXVII.

Los tlaxcaltecas.



INMENSA era la ansiedad con que aguardaba Hernan Cortés el regreso de los embajadores.

Envió indios para que saliesen á su encuentro, y todos volvian asegurándole que ni siquiera los divisaban.

—Mala señal es esta, dijo Marina. Es costumbre entre los indios, cuando no aceptan las condiciones que les presentan los embajadores, apoderarse de ellos, y en este caso la guerra seria inevitable.

—Poco me importaria la guerra, exclamó Hernan Cortés; lo que me hace sufrir es la duda.

—Yo conozco á esta gente, dijo Marina.

—De todos modos conviene estar prevenido para cualquiera eventualidad.

Hernan Cortés consultó á los caciques de los indios zempoales, y todos auguraban mal de la detencion de los embajadores.

Al mismo tiempo ponderaban la ferocidad, el valor de los tlaxcaltecas.

Cada minuto que pasaba, aumentaba la ansiedad, la zozobra, la fiebre del caudillo.

Aguardó un dia.

—Ya no es posible esperar más tiempo, dijo á Marina.

Y llamando á sus capitanes:

—Todo me hace creer que nuestros embajadores han sido hechos prisioneros por los tlaxcaltecas.

De un modo ó de otro, necesitamos castigar el ultraje inferido.

Es necesario luchar y vencer.

Pongámonos en marcha, y si rechazan nuestra amistad y quieren la guerra, peleemos.

Contando desde luego con que tendria que luchar, organizó el ejército de la mejor manera posible para salir airoso del lance.

Todos los españoles y los indios zempoales se pusieron en movimiento.

El camino se abria á través de dos montes elevados.

Las faldas de aquellos montes ofrecian á su vista paisajes encantadores.

No habrian andado dos leguas, cuando admiró á los españoles, y sorprendió á Hernan Cortés, una gran muralla de piedra que apareció á su vista.

Es sorprendente la idea que aquella muralla daba de los adelantos en el arte de las fortificaciones.

En la parte exterior estaba la piedra labrada y unida con fuerte argamasa.

La entrada era angosta.

Otra segunda muralla formaba con la primera un callejon estrecho, en el cual de seguro tendrian que sucumbir los que quisieren penetrar, porque solo podian pasar dos hombres, y desde lo alto de la muralla era muy fácil para los tlaxcaltecas destruirlos.

No fué poca fortuna para los españoles encontrar franco aquel desfiladero formidable.

Pudieron, pues, los soldados de Hernan Cortés atravesar aquellas fronteras, y una vez dentro del territorio tlaxcalteca, vieron abrirse poco á poco el terreno hasta formar un dilatado valle.

No muy léjos de allí descubrieron un destacamento de vein-

te ó treinta indios, con grandes plumas en la cabeza, lo cual significaba que eran soldados que se hallaban en pié de guerra.

Hernan Cortés dispuso que algunos indios zempoales se acercasen á las soldados tlaxcaltecas brindándoles la paz.

Pusiéronse en marcha los emisarios; pero los indios, al verlos acercarse, se alejaron.

El terreno, por más que era espacioso, estaba lleno de collados, que impedían descubrir todo su perímetro.

Al ver alejarse á los tlaxcaltecas, dispuso Hernan Cortés que seis jinetes corrieran á llamarles.

Pero éstos no tardaron en volver, anunciando que al llegar al collado habían visto una numerosa hueste de indios, resueltos, no ya á tomar la defensiva, sino la ofensiva.

En efecto; Xicotencal había tomado sus medidas para dar la batalla á los españoles.

Es incalculable el número de soldados que había reunido en pocos minutos.

Deseoso á toda costa de destruir á los extranjeros, por si no bastaban las propias fuerzas de la república, había pedido apoyo á otros Estados vecinos, y al llegar Hernan Cortés con su ejército al campo de batalla, divisó que un crecido número estaba á las órdenes de Xicotencal.

Pero este general conocía admirablemente la táctica de la guerra, y había distribuido sus tropas de tal manera, que parecía imposible que un puñado de hombres pudiera resistir el empuje de sus enemigos.

Marina quiso acompañar á Hernan Cortés.

—No; quédate con Aguilar y con los tamenes.

Al mismo tiempo dispuso que sus tropas atacasen desde luego á los tlaxcaltecas.

A los seis jinetes unió catorce más, y les mandó cerrar con tra las tropas indias que había al pié del collado.

Preparó la artillería para que funcionase.

Dió las órdenes necesarias á sus soldados.

Asimismo indicó á los zempoales el papel que debían desempeñar en la lucha, y con la confianza en Dios, dió la señal de ataque.

Los jinetes cayeron sobre más de mil indios sin quebrantarlos.

Resistieron con tal fuerza el empuje, que sin perder terreno apénas, hirieron á cinco jinetes y á dos caballos.

Volviéron á embestir los jinetes, y entónces salieron en auxilio de los tlaxcaltecas más de cinco mil soldados, que estaban emboscados para proteger la vanguardia.

Casi al mismo tiempo llegaron en socorro de los jinetes los infantes, y cerraron contra los indios.

Las primeras descargas de los cañones diezmaron las filas de los Tlaxcaltecas.

Los pusieron en fuga.

Los tlaxcaltecas dejaron más de ochenta cadáveres, y algunos prisioneros en poder de los españoles.

Empezaba á anochecer.

No queriendo Hernan Cortés malograr el triunfo, dió orden para que se suspendiera el combate, y ocupó con sus tropas unos caseríos próximos al paraje en donde estaban, en los que halló provisiones para abastecer á su ejército.

Durante la noche reinó el mayor silencio en torno suyo.

Pero temeroso de una emboscada, estableció centinelas dobles, que estaban preparados para resistir cualquier golpe de mano.

Al día siguiente debía ser testigo de una de las más grandes batallas que se han reñido en el Nuevo Mundo.

CAPITULO LXXXVIII.

Valor desesperado.



o se habían descuidado los tlaxcaltecas; por la mañana muy temprano se presentaron á vista de los españoles en mayor número que el día anterior, y con una actividad verdaderamente amenazadora.

El plan de ataque era sorprender á los españoles, darles una carga enérgica, y retirarse para volver á combatir de nuevo.

La costumbre que tenían de gritar al comenzar el combate, fué causa de que los españoles comprendiesen desde luego sus intenciones y los aguardasen prevenidos.

Las flechas disparadas por los indios no produjeron efecto alguno, por no alcanzar adonde estaban los españoles.

En cambio éstos, con los pedreros ó cañones pequeños, rechazaron el empuje de los indios.

Se retiraron éstos, y Hernan Cortés conoció la estratagema.

Púsose en marcha al frente de sus tropas hasta llegar á una eminencia, y desde ella descubrió un ejército, del que solo era vanguardia el que se había presentado á combatir.

A juzgar por el espacio que ocupaban los indios, calcularon los españoles que había más de cuarenta mil hombres.

Allí estaban reunidos los indios de varias naciones, distinguiéndose entre sí por el distinto color de las plumas que ostentaban en su cabeza.

Xicotencal, rodeado de un Estado mayor muy brillante, compuesto de todos los nobles de Tlaxcala y de todos los jefes de los ejércitos aliados, mandaba las tropas.

Sin la experiencia del triunfo de Tabasco, es muy posible que los españoles hubieran retrocedido desmayados.

Pero ya conocían lo que significaban aquellas grandes masas de hombres, y animados por el ejemplo de Hernan Cortés, le siguieron, poseidos de un inmenso valor.

El terreno era bastante desigual, razón por la cual ni los caballos ni los cañones podían servir de mucho.

Después de andar más de una hora por aquellas sinuosidades, encontraron un camino llano.

La artillería y los caballos podían en aquellos parajes servirles de mucho.

El ejército enemigo se hallaba á la distancia de un tiro de arcabuz.

No se atrevía á moverse.

Los soldados indios atronaban el espacio con sus gritos de guerra.

Hernan Cortés tuvo tiempo para dar órdenes á sus capitanes y disponer sus tropas del modo más feliz al triunfo.

—Es necesario acometer, dijo á sus soldados.

El hizo la señal, poniéndose inmediatamente en marcha su ejército.

Pero los indios retrocedieron.

Al retroceder obedecieron á una orden, que demostraba hasta qué punto la táctica moderna de la guerra era conocida de los tlaxcaltecas.

Xicotencal pensó que al retirarse avanzarían los españoles, y quería que avanzasen para extender las alas de su ejército y acorrallar al enemigo.

Así lo hizo.

Apénas los vió separarse de los soldados que podían defender sus espaldas, se abrió su ejército en dos alas, y con rapidez eléctrica formó un círculo, dentro del cual quedaron los españoles,

Acto continuo comenzaron á estrechar el espacio en donde los tenian encerrados.

Pero Hernan Cortés, conociendo el designio de sus adversarios, tomó las medidas más oportunas para desbaratar los planes de Xicotencal.

De pronto cruzó el espacio una lluvia de flechas.

Tambien cayeron á millares flechas sobre los españoles.

Ningun efecto producian estas armas.

No tardaron en comprenderlo así los indios, y con el deseo de decidir el combate, se acercaron á los españoles para luchar con ellos cuerpo á cuerpo, empleando las lanzas y los escudos especiales de que se servian para luchar.

El combate fué sangriento, terrible.

La artillería aprovechaba sus disparos, destruyendo filas enteras de indios.

Y como uno de los principales deberes de los soldados de aquel país era separar á los muertos del campo de batalla, para que el enemigo no se gozara en su obra, cada muerto ó herido suponía tres hombres ménos: él y los dos que le llevaban á ocultar.

Hernan Cortés, con los jinetes y sus capitanes, cada uno con un peloton de soldados, formaron infinitos grupos, que lucharon con un denuedo hijo de la desesperacion.

A pesar del escaso número en que se hallaban, lograron hacer retroceder á los indios, y Hernan Cortés, ántes de que se reanimasen, procuró abrirse paso para ocupar un punto desde el cual fuera posible desplegar en ala sus tropas, para luchar frente á frente con el enemigo, teniendo guardadas las espaldas.

Al grito de *¡San Pedro y á ellos!* dió una carga terrible á los tlaxcaltecas, y los puso en precipitada fuga.

Uno de los jinetes, Pedro de Moron, que montaba una yegua muy ligera, no pudo contener el empuje del animal y llegó á separarse de sus compañeros.

Varios indios, al verle solo le rodearon, y unos lograron apoderarse de las riendas de la yegua, en tanto que los otros arrebatában al jinete la lanza.

La yegua recibió muchas heridas, y cayó muerta.

Tambien fué herido Pedro de Moron, y en tanto que unos cortaban la cabeza á la yegua, y la colocaban en una lanza como presea del triunfo, otros aprisionaban al jinete y se lo llevaban al cuartel general.

Pero no tardaron en llegar algunos españoles, y arremetiendo con feroz empuje á los indios, consiguieron poner en libertad á Pedro de Moron y precipitar la fuga del enemigo.

El combate duró más de una hora.

Poco despues, un silencio sepulcral reinó en torno de los españoles triunfantes.

Un tlaxcalteca prisionero confió á Hernan Cortés que el general en jefe del ejército indio habia mandado retirar á su ejército, porque en la refriega habian perecido la mayor parte de sus capitanes, y faltando guías á sus soldados, no se atrevia á empeñarse de nuevo en la lucha.

Millares de tlaxcaltecas perecieron en aquella jornada, siendo de notar que en su mayor parte pertenecian los muertos á las familias más nobles de la república.

Todos habian peleado con un heroismo increíble.

Los españoles tuvieron la ventaja de no experimentar una sola pérdida.

Los tlaxcaltecas procuraron adjudicarse el triunfo, presentando á Xicotencal la cabeza de la yegua.

El general en jefe, para animar á los habitantes de Tlaxcala, llevó aquella presea al Senado, y fué tan grande la admiracion que causó entre los habitantes de la poblacion, que fué sacrificada con gran pompa en uno de los templos.

En la refriega quedaron heridos diez españoles y algunos in-

dios zempoales, que animados por el ejemplo de sus soldados, combatieron con verdadera energía.

Hernan Cortés dispuso que el ejército se encaminase á una aldea vecina, para ofrecerle allí descanso.

Todos los habitantes de la isla desaparecieron al aproximarse los enemigos; pero no pudieron llevarse consigo los víveres que tenían.

Gracias á esto, pudieron entregarse á un verdadero festin los que con tanto denuedo acababan de luchar.

Las condiciones especiales de aquella poblacion impulsaron á Hernan Cortés á tomar alguna medida para fortificarla y poder resistir el empuje de los tlaxcaltecas, á quien aun no consideraba vencidos.

En efecto; el espectáculo de los que habian sucumbido produjo en Tlaxcala, en vez de desaliento, nuevos deseos de vengar la muerte de sus hermanos.

Hiciéronse grandes demostraciones en memoria de los que habian fallecido.

Los embajadores zempoales fueron sacrificados para aplacar á los dioses y pedirles su influjo.

Xicotencal pidió refuerzos, y casi al mismo tiempo que los pedia llegó uno de los caciques de la confederacion con diez mil soldados á los que se unieron otros muchos, llevándolos á la pelea á las órdenes de Xicotencal.

Miéntas todo esto se preparaba para reanimar la pelea, Hernan Cortés, con un pequeño destacamento formado por españoles y zempoales salió á explorar el terreno.

Durante todo el dia recorrieron algunas poblaciones, hicieron algunos prisioneros, y se apoderaron de una crecida cantidad de víveres.

El caudillo supó que el general en jefe de los tlaxcaltecas se hallaba alojado á unas dos leguas de distancia, y que trabajaba dia y noche para presentar de nuevo la batalla á los españoles.

Es de notar, que los zempoales, indignados de la conducta de los tlaxcaltecas, sentian hácia ellos un profundo rencor, y se consideraban más crueles con el que consideraban vencido, que con los mismos españoles.

Hernan Cortés reprendió estos abusos.

Pero como contribuian á debilitar al enemigo, hacia muy poco por evitarlos.

Lo prisioneros estaban aterrorizados.

Creian que habia llegado su última hora.

Hernan Cortés quiso intentar de nuevo la paz.

Dejandolos en libertad y agasajándolos, les encargó que viesesen á Xicotencal y le dijesen que sentia en extremo las desventuras á que habia dado lugar la batalla; desventuras de las que no era responsable, porque habia pedido la paz, y habia tenido que aceptar la guerra, porque no era posible que sufriese contradiccion de nadie.

—Decidle, añadió, que aún deseo la paz, y que si estoy resuelto á combatir y vencer de nuevo á sus ejércitos, por numerosos que sean, no por eso insisto ménos en pedirle que se avenga á la razon y evite la destruccion y la muerte, que de seguro sembraré en sus filas si de nuevo me provoca.

Esta determinacion, y sobre todo el verse en libertad cuando se creian próximos á morir, entusiasmó á los indios, que partieron muy animosos á cumplir la mision que les habia confiado Hernan Cortés.

Xicotencal, no solo no quiso escucharles, sino que mandó que los castigaran por haberle hecho semejantes proposiciones.

Hizo que les cortaran las orejas y les encerrasen en aquel estado lastimoso.

Poco despues mandó sacarles del encierro.

—Volved adonde se halla vuestro protector, les dijo, y manifestadle que nos veremos cuando amanezca el sol mañana, por-

que mi ánimo es traerle vivo con todos los suyos al templo de mis dioses, para sacrificarlos en sus aras.

La insistencia del general en jefe de los tlaxcaltecas indignó á Hernan Cortés, y apenas lo supieron los españoles, desearon castigar aquella ofensa.

Al dia siguiente, apenas amaneció, todos abandonaron el cuartel general, y avanzaron hasta elegir una posicion ventajosa para recibir al enemigo.

Allí formó Hernan Cortés su ejército, guarneció los lados con la artillería, y destinando los jinetes para acudir en socorro de los destacamentos de sus tropas que estuvieran en más peligro, aguardó el momento de la lucha con ánimo sereno, con la seguridad del triunfo.

Poco tuvo que hablar á sus soldados.
Sus palabras recordándoles la ofensa que les habia inferido Xicotencal, resolvieron á todos á morir ó á vencer.

CAPITULO LXXXIX.

Una victoria providencial.

Xicotencal reunió todas las fuerzas para dar una nueva batalla á los españoles.

Mentira parece que pudieran resistir éstos el empuje de aquellos indomables guerreros.



Su jefe habia hecho cuestion de honra la victoria sobre el enemigo, y á fin de que aquel dia pudiera realizarse su propósito de aprisionar á los españoles y llevarlos maniatados ante el ara, para sacrificarlos allí, se puso en movimiento con las tropas de todos los caciques confederados, que componian, segun la historia, un número de cincuenta mil hombres.

Al frente de aquel ejército iba un alto dignatario con una especie de lanza en cuyo extremo superior habia un águila de oro, insignia de Tlaxcala que infundia gran aliento en los soldados, y que solo servia para las grandes empresas.

Hernan Cortés se preparó para esperar al enemigo.

Avanzaban todos en una masa compacta, dando grandes voces, y demostrando los vivos deseos que tenian de acabar con los españoles.

Cuando estuvieron á tiro de cañon, dispuso Hernan Cortés que se hicieran disparos, y los estragos que causaron las balas y la metralla en aquellos infelices les detuvieron.

Xicotencal necesitó emplear toda su elocuencia para impulsarles á avanzar.